

Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales

JAVIER TUSELL

Las circunstancias editoriales han hecho que en los últimos meses de 1994 y primeras semanas de 1995 se haya convertido en frecuente la aparición de libros políticos. A ellos, en sus diversas vertientes, vamos a dedicar principalmente esta reseña colectiva en la que consiste la presente sección de nuestra revista.

Si existiera la profesión de recensionista o crítico de libros de políticos españoles sería preciso exigir para ella, como reivindicación laboral de primera necesidad, un plus de peligrosidad. Casi no hace falta justificarlo porque, a poco que un lector se haya acercado a aquello en lo que suelen consistir los libros con que los profesionales de la política en España castigan al mercado editorial, se habrá sentido

amenazado por la cefalalgia instantánea. Para cualquier presidente de un partido en España nada más lógico que obsequiar a sus afines con un compendio de unos cuantos discursos en donde la banalidad compite con lo postizo de las citas. No digo yo que se haya de practicar esa pedantería tan francesa que exige a cualquier aspirante a la Presidencia un barniz literario y cultural, pero sería preciso exigir algo más que lo habitual en España hasta el

momento. Habría que pedir a quien quisiera convertirse en autor político no tanto que fuera el único redactor del texto que se le atribuye sino que le; diera una cierta unidad, un mínimo de originalidad, algunas lecturas literarias escogidas y, en suma, un mínimo de altura.

Libros de políticos en ejercicio

Uno se acerca, por tanto, con cierto temor a "España. La

segunda transición" de José María Aznar, Madrid, Espasa Calpe, 1994 y más todavía teniendo en cuenta que su libro anterior, "Libertad y solidaridad", publicado por Planeta en 1991, no superaba el bajo nivel habitual. Sin embargo el lector encuentra la sorpresa agradable de que sus dos primeros capítulos no están nada mal. El lector puede, por supuesto, discrepar de ellos, pero los lee con interés. El estilo del libro resulta muy equivalente al liderazgo de Aznar, es decir rondando al gris plomizo, pero da la sensación de consistencia y de autenticidad. Es imposible saber si el libro lo ha escrito él pero tiene unidad, incluso de estilo y, por supuesto, en el pensamiento.

Tras una brevísima alusión a la necesidad de vertebrar en el centro la alternativa, Aznar dedica el primer capítulo de su libro a España como proyecto nacional. En mi opinión acierta en el punto de partida y, además, en algunos de los remedios que enuncia para cerrar el llamado Estado de las Autonomías. Es evidente la necesidad de transformar el papel del Senado como segunda cámara y constituye una buena idea además convertirla en el lugar de debate entre el Estado y las comunidades autónomas superando los debates bilaterales siempre proclives a la demagogia, sea victimista o unitaria. Tiene también razón al defender un marco estable que de una vez defina la realidad política española

en este aspecto y, más todavía, al

descartar soluciones como la federal que quieren ser, para algunos de los que la proponen, algo así como una varita mágica y en realidad nadie sabe bien en qué consisten (porque hay muy variados federalismos). En cambio es muy discutible la tesis de Aznar de descartar sin más la concepción de España como "nación de naciones". España es mucho más que un Estado superpuesto sobre una realidad plurinacional, pero en nuestro país hay quien siente a Cataluña como su nación y, al mismo tiempo, experimenta lo mismo

respecto a España. Hasta que Aznar no asuma esta realidad su capacidad de comprensión con los catalanistas será muy complicada, por no decir imposible.

El segundo capítulo también merece alabanzas e incluso podría haberse convertido en el eje central del libro porque versa sobre la revitalización de la democracia, que es aquello en lo que habría de consistir la segunda transición si necesaria fuera (que, en mi opinión, lo es). Las propuestas de Aznar son en este caso a menudo interesantes: disminución del espacio público en materia audiovisual, nueva financiación de los partidos políticos, necesidad de recuperar el equilibrio institucional y, sobre todo, defensa de una democracia basada en valores. Parecen, al mismo tiempo, bastante tímidas, como se demuestra por el hecho de que no parece tener el menor inconveniente en que siga el sistema político tradicional: no hay propuestas para la limitación de mandatos y se siguen postulando los "partidos fuertes" cuando lo que parece necesario es limitar su poder. La idea de que la corrupción es consecuencia de la expansión del sector público, muy habitual en los liberales, me parece francamente discutible.

En el capítulo dedicado a los aspectos de la realidad económica ("El bienestar de los españoles") destacan también las fórmulas liberales. Algunas de

ellas merecen ser tomadas muy en consideración, como la necesidad de un programa coherente y amplio de privatizaciones, la reforma de la fiscalidad o la crítica a la consideración como posible de la gratuidad de los servicios sociales hasta el infinito. De todos los modos lo que falta a Aznar en esta materia, más allá de estas sugerencias, es transmitir la sensación de que le cuadran las cuentas. El libro entra en barrena en el capítulo final sobre el papel de España en el mundo en donde se repiten lugares comunes y no hay ninguna sugerencia brillante. Creo que hubiera sido mejor olvidar este apartado e insistir mucho más en otros.

La impresión del lector del libro de Aznar resulta un tanto ambivalente. Se trata de un texto que tiene, en muchas de sus páginas, el nivel exigible. Lo anima una especie de resurgir de nacionalismo español, una confianza en el ideario liberal que a veces parece excesiva (por ejemplo, en lo que se refiere a la ecología) pero que está bien orientada (por cierto, hacia Ortega y no hacia Azaña) y una conciencia generacional de quienes se han hecho presentes en la política después de la Constitución, sin que acabe de descubrirse hasta qué punto está justificado este orgullo colectivo. Son palpables sus insuficiencias: cuestiones como la educativa sólo rozan sus páginas, la cultura aparece tan sólo como justificación del sentimiento nacional y no hay una

vibración de compasión humana ante los desfavorecidos.

En conjunto, como en tantas otras ocasiones, uno se siente tentado de decir que va por buen camino pero todavía no basta.

Para concluir creo que lo mejor del libro es el contraste que ofrece entre este Aznar y el otro que suele aparecer en la vida política diaria española. Creo que durante las últimas polémicas, llenas de sobresaltos y de ferocidad, de las que hemos sido tristes espectadores, hubiera

sido una buena ocasión para que el líder popular hubiera aparecido más como candidato a la Presidencia del Gobierno que como correoso opositor. Por el contrario en este libro aparece una alternativa, discutible o no, pero que se sitúa en el centro del espectro político, a no tanta distancia de lo que han sido muchos de los planteamientos de quienes han gobernado a España en estos últimos años. No hay en las páginas de Aznar tremendismo ni desmesura aunque tampoco brillantez, pero parece estar ya en el buen camino.

A diferencia del libro de Aznar que ofrece una panorámica general acerca de los problemas nacionales, el de *Manuel Fraga, "Impulso autonómico", Barcelona, Planeta, 1994*, se refiere tan sólo a una de las cuestiones del panorama público español aunque tiene, sin duda, una importancia singular.

El Fraga publicista resulta a veces decepcionante porque, sin negar lo muy por encima que está de la media de los políticos españoles, tiene tendencia a ser apresurado y a dar la sensación de que a sus textos les falta ese broche final en la capacidad de convencer que proporciona la impresión de una elaboración completa y redonda. Sin embargo este último libro suyo, bajo una apariencia árida y técnica, encierra el mejor Fraga, es decir aquel que jugó un papel decisivo en la elaboración de la Constitución, quien tiene

una armazón y disciplina intelectuales muy sólidas y el político experto en esa fase final de su vida en que no tiene ambiciones ni enemigos y puede destilar experiencia. Este texto apenas puede ponerse en relación con el pasado del Fraga adversario señero de la izquierda, y pudiera ser suscrito por no pocos de quienes se identificaron con esta opción.

Parte Fraga de una cuestión que aparece en no pocos de sus libros, la crisis del Estado, y testimonia, al tratar de ella, estar muy al día de lo que son las publicaciones y la sensibilidad actuales acerca de la materia. Señala, por ejemplo, la crisis de las instituciones políticas clásicas como el Parlamento y descubre un aprecio por la "micropolítica", por aquella ciudadanía apegada a lo íntimo, a la tierra cercana y a la cultura peculiar que es, sin duda, un signo del momento presente. No vendría mal que quienes, en la derecha, practican un desopilante antinacionalismo se dieran cuenta de que parte del diagnóstico de nuestro tiempo pasa por constatar esta realidad.

Sin embargo lo esencial en el libro de Fraga reside en cuatro propuestas en torno al Estado de las Autonomías español con el que cerrar el Título VIII de nuestro texto constitucional, que es la última parcela en que nuestra transición a la democracia está todavía incompleta. Lo esencial no es que presenten una solución que deba merecer la unanimidad

entusiástica sino que constituyen una oferta de la que nada sería peor que mantenerse como única. Ningún otro político español de entidad ha hecho nada semejante.

Fraga quiere cambiar sustancialmente el Senado y tiene toda la razón en su demanda. La pretensión de proponer una caricatura de reforma constitucional por el procedimiento que sea se puede considerar ya como fracasada. En el momento presente el Senado carece de especialización que le permita ser una cámara territorial y no permite sustituir la tendencia

a la bilateralidad en la relación entre Comunidades autónomas y Estado. La circunscripción electoral en que se basa —la provincia— es también incoherente con su posible utilidad como cámara de las regiones. Pero, aparte de propugnar con toda decisión la reforma constitucional, Fraga deja abierto un catálogo de problemas como, por ejemplo, el que se refiere a la manera de llegar a una distribución de escaños por regiones. De sus otras propuestas merece la pena detenerse en una que tiene la ventaja de ser de posible inmediata aplicación y que difícilmente levantará sospechas en otras fuerzas políticas.

Lina Conferencia de Presidentes de Comunidades autónomas que se reuniera cada seis meses podría, por ejemplo, avanzar significativamente no sólo en problemas de gestión concretos sino también en lo que respecta a la reforma del Senado. Hasta ahora lo que han existido son simples conferencias sectoriales de utilidad mucho más marginal. La propuesta de Fraga se completa con una participación de las Comunidades autónomas en el Consejo Económico y Social, destinada a la elaboración de políticas de carácter global para la Nación, y en una defensa de la participación de aquellas en la formación de la "voluntad exterior" del Estado. Si la hiciera un nacionalista alguno comentaría que quiere tener todo un cuerpo diplomático a su servicio.

Todas estas propuestas son sensatas, constructivas y dotadas de voluntad de concordia. Es mérito indudable de Fraga el proponerlas aunque estén todavía en un grado de elaboración incompleto, lo que puede hacerlas susceptibles a una elaboración consensuada. Pero el problema esencial es que el Presidente de Galicia parece no tener en cuenta el problema de las nacionalidades históricas que está por ver si se adecúan a este o cualquier otro esquema global de semejantes características. Esa me parece la mayor insuficiencia de un libro importante que tiene la estimable virtud de situar un problema clave en unos términos lejanos a la habitual demagogia entre centralistas y nacionalistas.

Memorias políticas

De entre los libros de memorias recientemente aparecidos quizá el que posee mayor carga polémica sea el de *Pablo Castellano*, "*Yo sí me acuerdo. Apuntes e historias*", Madrid, *Temas de Hoy*, 1994. Cada libro de memorias retrata de forma inevitable a quien lo escribe y no tanto porque haya que creer de manera absoluta cuanto el autor dice de sí mismo, sino porque se le escapa la esencia de su carácter. Leyendo el libro que acaba de publicar Pablo Castellano se descubre una curiosa sintonía de estilo con, por lo menos, otros dos personajes de la política española del pasado. El antiguo dirigente del PSOE y actual de IU, aunque en cierta desgracia,

concuera con la forma alambicada de expresarse de un Niceto Alcalá Zamora pero quizá aun es más evidente su semejanza de expresión, enrevesada, arcaica y de apariencia culta con uno de los más duraderos adversarios que tuvo en su vida: Enrique Tierno Galván. Es difícil imaginar que alguien que no fuera el antiguo alcalde de Madrid pudiera definir a un taxista como un "auriga autónomo". Esta es la expresión que utiliza Castellano con su peculiar

estilo que resulta un tanto fatigoso para el lector de un libro

extenso cuando, en más escuetas dosis, resultaría divertida.

Este rasgo ya empieza por definir a Castellano del que se aprecia una especie de despego por tomarse muy en serio las cosas, como si guiñara el ojo al lector y le quisiera proporcionar un rato de solaz y entretenimiento sin la pretensión de tomarse muy en serio a sí mismo ni tampoco lo que cuenta. Es esa la interpretación más benévola que puede hacerse de un libro que distrae y en el que resalta, sobre todo, la condición poco sometible a cualquier tipo de disciplina de un autor colorista y difícil de someter cualquier tipo de convención. Castellano, sin duda, resulta mucho más interesante que la media de los políticos españoles.

Pero si esas características convierten a su libro en grato y es posible que atraigan a un buen número de lectores, la verdad es que resulta improbable que "Yo sí me acuerdo" le gane la popularidad entre los historiadores e incluso entre los simples ciudadanos. Como tantos otros políticos Castellano no parece tener idea de en qué consiste hacer un libro de memorias. Las cien primeras páginas constituyen un larguísimo "excursus" que no tiene nada que ver con la vida propia. En ellas y en las siguientes Castellano comete un número elevado de errores de bulto. El libro resulta de interés a la hora de explicar algunos

pormenores de la vida del PSOE en la fase final del franquismo, pero en vez de narrar hechos el autor parece seguir viviendo, con idéntica pasión, aquello que un día experimentó.

Lo peor del caso es que Pablo Castellano transita por el pasado a base de liquidar cuentas pendientes, y el número de mandobles que reparte por página es tan desmesurado que acaba por hacerle daño a sí mismo. No acaba por entenderse cómo si la situación interna del PSOE era tan catastróficamente detestable como él la describe perduró tanto tiempo en sus filas, ni cómo mantiene el buen humor después de haber conocido a lo largo de su vida tan elevado número de miserias porque a aquellas a las que pone nombre y apellido hay que sumar las que sólo insinúa. La interpretación más benevolente es la apuntada más arriba pero, aun así, es difícil que un elector de a pie pueda decidirse a optar por quien desmenuza su pasado en tantas anécdotas maldicientes sin verdadera sustancia que ofrecer como recambio.

En realidad el libro de *Manuel Azcárate*, "*Derrotas y esperanzas. La República, la Guerra civil y la Resistencia*", Madrid, Tusquets, 1994, con quien su autor ha obtenido el último Premio Comillas de Memorias y Biografías, el galardón literario dedicado a este género que es más apreciado en España, no es estrictamente un libro político

aunque su protagonista ha tenido una trayectoria dedicada casi en exclusiva a esta actividad. No ha sido en ella una figura de primera magnitud, conocido por el gran público, pero sí ha tenido una larga trayectoria en la que ha jugado un papel singular.

Una de las categorías en las que se subdividen los autores de libros de memorias es, en efecto, la de quienes quizá nunca hayan desempeñado un papel de primerísima importancia ni tomado decisiones que hayan tenido una influencia decisiva sobre la vida de millones de seres humanos, pero a los que, en

cambio, la vida les ha situado en la condición de testigos privilegiados de acontecimientos de primera importancia y les ha permitido conocer a una larguísima lista de personas entre los que figuran algunos de los protagonistas decisivos del siglo XX. Los libros de estos personajes no proporcionan revelaciones sensacionales pero sí, en cambio, algo que a menudo resulta más difícil, es decir, la captación de un ambiente, un retrato inesperado o un matiz relevante en un momento decisivo.

Este es el caso de las memorias de Manuel Azcárate, con las que ha obtenido el Premio indicado que es el único dedicado al género biográfico y memorialístico en nuestro país. La verdad es que habrá muy pocos españoles en los momentos presentes de los que se pueda decir que han conocido a tantos personajes claves de la Historia española y universal, a un tiempo del mundo de la cultura y de la política. Desde Fernando de los Ríos hasta Picasso pasando por Madariaga y Negrín desfilan por este libro, escrito por uno de esos españoles de los que se puede decir que en su trayectoria personal retrata la tragedia humana del siglo XX. Del estilo con que el libro está escrito hay que agradecer la ausencia de megalomanía, tan habitual en el género, y la sencillez lejana a toda afectación. A veces, sin embargo, da la sensación de que Azcárate ha flotado por los acontecimientos que le ha tocado

vivir sin darse perfecta cuenta de su trascendencia.

Nacido en un ambiente de la burguesía liberal española, la biografía inicial de Azcárate empieza por estar repleta de nombres ilustres vinculados al mundo intelectual y el político (Cossío, Castillejo, De los Ríos...). Un buen testimonio de la gravedad de la crisis de los años treinta es el hecho de que quien nació en ese medio se hiciera, por antifascismo, comunista. Politizado a edad tempranísima, fue lo que el mismo denomina como "un señorito comunista" a quien le tocó desempeñar puestos en la cercanía de las representaciones diplomáticas de la República en París y en Londres, donde fue embajador su padre. Estuvo también muy próximo a Negrín, de quien ofrece un retrato que confirma en algunos aspectos la imagen que de él tenemos (su carácter autoritario y personalista) pero sobre el que matiza también no pocos otros. Asegura, por ejemplo, que los comunistas, como él mismo, a menudo le incomodaban y que la República en su fase final no estaba controlada por ellos. Niega, además, que el PCE tuviera política de resistencia a ultranza en 1939 como se suele señalar.

En realidad a Azcárate no le correspondió desempeñar un papel verdaderamente importante en el seno de su partido hasta la derrota de Francia por Alemania

en 1940. Fue, sin embargo, a partir de este momento, el responsable del PCE en la zona de Francia ocupada por los alemanes y como tal el responsable de las primeras acciones armadas contra ellos, algo que puede parecer poco menos que inconcebible para quien le conozca. Su papel, sin embargo, decreció en el momento de la llegada de Carrillo a tierras francesas.

Azcárate, que da la sensación de haber carecido casi por completo de auténtica ambición

política, quedó relegado al papel de contacto con la intelectualidad española, lo que le permitió conocer y tratar a Picasso y algunos de los mejores poetas de la posguerra. Respecto a esta época merece la pena reseñar el importante testimonio que el autor nos da acerca de la vida interna del PCE.

Lo que más sorprende de este libro, frente a lo habitual en casos parecidos, es la ausencia radical de ajustes de cuentas de su autor. Una experiencia como la de pertenecer al Partido Comunista suele concluir así a veces con tantos juicios venenosos como el libro de Pablo Castellano pero el caso de Azcárate testimonia hasta qué punto la formación familiar y el carácter pueden imponer un estilo muy diferente. Todo lo que en el libro del dirigente socialista es acritud en el de Azcárate es cierto distanciamiento que, por supuesto, no excluye juicios discutibles, pero que revela voluntad de comprensión y sensibilidad. No son sólo diferencias atribuibles a la presencia todavía en la vida pública de Castellano frente a Azcárate, ya jubilado.

Una peculiar biografía política

En España el género biográfico ha pasado, en lo que respecta a los personajes de la vida pública por unas alternativas muy curiosas. Al comienzo de la transición parecía imposible la publicación de una biografía que no contuviera otra cosa que

alabanzas mientras que ahora lo habitual es que esté dedicada, principal e incluso exclusivamente, a vapulear al biografiado. Es eso, quizá, lo que convierte en peculiar el libro de *Pilar Cernuda, "El Presidente", Madrid, Temas de Hoy, 1994.*

No sólo en España sino en todo el mundo la imagen de los profesionales de la política pasa por una sucesión de estadios que vienen a ser como una serie de fotografías en la curva de su aprecio por la opinión pública. Así como hay un momento en el que consigue embelesar al elector, que le considera poco menos que un instrumento para solventar los más agudos problemas personales, hay otro en el que se convierte en una especie de abominable hombre de las nieves del que se ignora casi todo, incluso el motivo por el que ejerce el poder, con la sola excepción de que es el indudable autor de todos nuestros males. Así como en otro tiempo existió el abominable Adolfo de las nieves ahora circula la imagen paralela de Felipe González. Quizá lo más peculiar del caso español es que algunos de los autores de la imagen anterior acerca del Presidente son los mismos que ahora le presentan como la reencarnación del Diablo. Lo curioso es que en estos momentos en que el político está en este estadio de su imagen pública —el declive— es cuando resulta posible comenzar a

comprenderlo en su integridad.

Los varios libros existentes acerca de Felipe González corresponden a esa curva. El de Márquez Reviriego es una expresión de calidad de la etapa del embelesamiento y la de Gutiérrez y De Miguel del comienzo de la demonización del personaje. La biografía de Cernuda corresponde a la etapa de declive y por eso mismo ya tiene ganado un observatorio más apropiado, y no sólo por el mayor tiempo transcurrido. Además, la autora parte también de una actitud que es la única que garantiza la

Habilidad del texto: quiere comprender al personaje y no ensalzarle o destruirle. No resulta exagerado decir que ésta puede ser la mejor biografía, de Felipe González en el mercado. Ello, por descontado, no quiere decir que vaya a resultar definitiva, ni siquiera garantiza el éxito espectacular, pero no es poco, dado el nivel habitual que se nos ofrece en las biografías de políticos en ejercicio. El grado de información que ofrece Cernuda varía según los capítulos pero incluso en las etapas más distantes (las relativas a la juventud del futuro Presidente, la conquista del liderazgo o la llegada a Madrid) aflora nuevas fuentes orales y hace interpretaciones agudas.

Hay dos conclusiones, de entrada, acerca del biografiado que se imponen después de la lectura de este libro. La primera se refiere al prosaísmo de su formación y de sus capacidades frente a mitificaciones interesadas. La segunda nos remite al espectáculo de sus contradicciones, entre la profesionalidad política y el deseo de otras dedicaciones, la tentación de la fuga y la voluntad de mantenerse en el poder o la capacidad de seducción y la fría utilización y posterior maltrato del amigo. Pero, en realidad, esas no son claves tan definitivas porque, aunque puedan sorprender en otro género de seres humanos, caracterizan a la totalidad de los profesionales de la política.

Estos curiosos personajes que, en realidad, no son gran cosa, se convierten, sin embargo, en ocasiones singulares en determinantes para la vida de millones de seres humanos. Hay momentos en los que González ha jugado un papel decisivo en la vida colectiva de los españoles: por ejemplo, en 1979, cuando se automarginó de la dirección de un partido que no se había decantado en términos ideológicos, con su capacidad de conquistar votos en 1982 o con la política seguida en los primeros años de su gobierno, tan distinta al programa electoral. Eso es lo que, sin duda, en un futuro, situará a González por encima de la media en la vida pública española, pese a que ahora no se le reconozca. Para percibirlo quizá falta perspectiva y por eso es disculpable que la explicación de Cernuda no siempre resulte convincente, aunque muy a menudo merezca una reflexión.

El lector encontrará pocas novedades en la fase final de la trayectoria del personaje como no sea la reproducción de esa contradicción ya mencionada, en este caso entre la indignación, probablemente sincera, ante la corrupción y el deseo de marginarse de esos terrenos (el partido y la vida económica) donde ha florecido. Lo que llama la atención, en la comparación siempre necesaria y nada banal con Adolfo Suárez, es la mayor fragilidad de éste ante las circunstancias adversas y el

mucho mayor poder político efectivo que ha tenido y mantiene el actual Presidente. Quizá la distinta procedencia de cada uno lo explica, pero en muchos otros aspectos ambos personajes parecen un calco el uno del otro. Sin duda algún día González, lejos del poder, recuperará un mayor aprecio de la misma manera que le ha sucedido a Suárez. En eso estriba su esperanza y allí habrá de encontrarse el fiel de la balanza en el juicio sobre su persona.

Entre Política e Historia

Los libros de los que hemos tratado hasta el momento en esta reseña colectiva han figurado en las listas de éxito y tienen como autores a periodistas muy conocidos o protagonistas de la vida pública. En cambio aquel al que vamos a aludir a continuación versa sobre una cuestión que parece poco susceptible a un tratamiento académico (la extrema derecha española hasta 1982) pero tiene esa característica. Se trata de *José Luis Rodríguez Jiménez, "Reaccionarios y golpistas. La extrema derecha en España del tardofranquismo a la consolidación de la democracia (1967-1982)", Madrid, CSIC, 1994.*

Una de las sorpresas que proporciona la transición española a la democracia es el papel relativamente irrelevante que, durante él y también en épocas inmediatamente posteriores, le ha correspondido a la extrema derecha. A diferencia de lo que ha sucedido en otras latitudes los últimos años no han presenciado en España la emergencia de movimientos de este tipo que han estado muy presentes en países como Francia, Alemania o Italia. La explicación de esta realidad es sin duda, de carácter histórico y por eso se agradece que un joven investigador de esta especialidad le haya dedicado un libro interesante. "Reaccionarios y golpistas" se basa en la utilización de una amplia documentación inédita que arroja nueva luz acerca de cuestiones nada accesibles. Sin duda el libro tiene una

ordenación discutible, le faltan algunas referencias a fenómenos paralelos de otros países y carece de información imprescindible en algún punto concreto (por ejemplo, el examen sociológico del voto de esta significación). Sin embargo permite reflexionar sobre un aspecto importante de nuestro pasado inmediato y de un previsible futuro desde un ángulo que es científico y no se reduce tan sólo a la especulación acerca de conspiraciones más o menos fabulosas o a la mera condenación de unos propósitos políticos que debería darse por descontada y no excluir el estudio.

La primera reflexión a la que induce este libro es que en realidad la extrema derecha tiene un origen mucho más remoto de lo que se podría pensar en principio; aunque se manifieste a partir de la segunda mitad de los sesenta, alguno de sus líderes condenó la evolución seguida por el régimen de Franco desde fines de los cincuenta, aquel momento en que se produjo el paso de una dictadura de proclividad fascista a la burocrático-administrativa. Por tanto esta extrema derecha no sólo ha cuestionado la transición sino también casi la mitad de la duración del régimen de Franco durante el que la revista "Fuerza Nueva" fue objeto de cinco secuestros. Eso explica, probablemente, el desfallecimiento de la derecha radical

una vez concluida la fase álgida de la transición. No es sólo que pretenda volver al pasado sino que se consumió en él. Eso nos lleva a una conclusión preocupante: la nueva extrema derecha, semejante a la europea está por nacer todavía. Pinar y Girón, por ejemplo, nada tienen que ver con la nueva inmigración.

Otro aspecto interesante de este sector político se refiere a su fragmentación (hasta 8 candidaturas en las elecciones de 1982). Puede, sin embargo, simplificarse con relativa facilidad en dos familias esenciales que

corresponden a otras tantas tradiciones de la derecha española y que, de hecho, han seguido estrategias distintas. El integrismo nacional-católico de "Fuerza Nueva", fundada durante unos ejercicios espirituales, poco tiene que ver con el mundo más laico y también más abigarrado de procedencia fascista. Lo curioso del caso es que mientras el primero se hizo mucho más presente en la calle (e incluso logró mayor apoyo electoral, en especial en 1979) la línea falangista en sus sectores más veteranos ha sido más proclive a buscar el camino de la conspiración militar. Girón, por tanto, parece mucho más el hombre civil del 23-F que Pinar. Por cierto que en este punto el libro nos informa, gracias a la utilización de las memorias de García Garres, de que hubo más generales conspiradores que aquellos enviados a los tribunales.

Un último aspecto de esta panorámica se refiere al liderazgo personal y a la relación de estos movimientos con una derecha conservadora. Resulta muy interesante, en efecto, constatar el papel que Fraga y la antigua AP han tenido para atraer parte de ese voto de extrema derecha hacia el campo constitucional. Es una cuestión de peso específico del personaje en un escenario de pluralidad de líderes. Llama la atención, por ejemplo, que con Blas Pinar no se identificara nada más que uno de cada cinco franquistas; si Girón se

hubiera presentado a elecciones las encuestas quizá le hubieran resultado más desfavorables. Sólo en una ocasión, en 1979, fue la extrema derecha la que consiguió arrebatar voto a una derecha que tenía un obvio componente franquista pero reciclada en un régimen nuevo y democrático. En esa ocasión consiguió su único escaño y alcanzó una cifra superior a los 400.000 votos. En ese sentido bien puede pensarse que el papel de Fraga, con todos los inconvenientes que haya podido tener su trayectoria política durante la transición, ha contribuido a hacer imposible una extrema derecha potente. No es escaso mérito vistos los antecedentes de la derecha española.

Un ensayo muy francés

Nuestro recorrido por las recientes publicaciones va a concluir con un ejemplo de literatura ensayística muy característico de más allá de nuestras fronteras, en concreto de la vecina Francia. El libro de *Jacques Attali, "Europa(s)", Barcelona, Seix i Barral, 1994*, parece demostrar que cualquier personaje público francés se siente obligado a hacer una excursión por los terrenos del ensayo en el momento de concluir su gestión en alguno de los terrenos de la vida pública.

La lectura de este, por ahora, último texto de este brillante pero megalómano burócrata

internacional que es Attali recuerda una de las más lúcidas y crueles maldades que imaginó Enrique Tierno Galván, personaje del que ya puede decirse que no estaba precisamente entre quienes las escatimaban. Refiriéndose, en sus memorias, a un personaje político de la transición a la democracia española, dice de él que era brillantísimo para desenvolverse en la confusión, pero incapaz de salir de ella. La verdad es que en el caso del escritor francés resulta más justificable que en el caso del político español porque la cuestión a la que dedica su libro es una experiencia inédita en la

Historia humana, como la transición, todavía inconclusa, del comunismo al mercado en la Europa del Este.

Attali, consejero político de Mitterrand y desvelador de algunos secretos íntimos de su presidencia, tiene a su favor esas brillantes dotes para el ensayo que son tan apreciadas en Francia. Carece, sin embargo, de un sesgo ideológico marcado como Revel o la creciente solidez de Mine y eso hace que sus libros resulten más atractivos por algunas citas o frases que por las tesis en ellos defendidas, que con frecuencia resultan un tanto delicuescentes. Lo eran, en especial, en "Milenio", aparecido en 1991 y destinado a ofrecer una interpretación de la última década del siglo. Al menos en este caso Attali se refiere a una cuestión que ha vivido muy directamente, como responsable del Banco creado para proporcionar ayuda a los países salidos del comunismo. Como es sabido su experiencia al frente de esta institución ha concluido de forma procelosa mediante una dimisión a la que fue empujado por las críticas de prensa.

La gestión al frente de tal institución aparece como trasfondo de este breve ensayo y ofrece del autor y de la burocracia internacional con la que trabajó durante estos años una imagen más bien penosa. El nacimiento del Banco partió de una casi absoluta falta de acuerdo en lo que debieran ser fundamentos

básicos de su forma de actuar. Si lo es la infinita serie de minucias que rodeó al proyecto con batallas diarias acerca de cuestiones burocráticas, indignas de la magnitud de lo que se intentaba y de la urgencia de actuar. Nadie queda bien en esas páginas pero Attali carga en especial las tintas en contra de los anglosajones. Lo cierto es, sin embargo, que tampoco él resulta bien parado por la sencilla razón de que, pasando la vista por su libro, se concluye que quiso atribuir a la institución a cuyo frente estaba una amplitud de funciones desmesurada. No sólo pretendió politizarla sino, además, inmiscuirse en cuestiones como la denuncia de los peligros nucleares, la defensa de los derechos del hombre o la creación de instituciones bancarias "verdes". El lector se pregunta si tal género de megalomanía no suele coincidir con los comportamientos amantes del fasto que le han sido reprochados al autor francés. No parece, por otro lado, que el balance de su gestión resulte tan defendible y, en el fondo, ni siquiera parece intentarlo a fondo.

eso ya empieza por ser penoso más

Gomo compensación algunas de las descripciones de la crisis económica del Este y de las propuestas de Attali son bri-

llantes. El panorama desastroso que revela está, sin duda, en el trasfondo de las noticias que tenemos la oportunidad de leer cada día en nuestros diarios. La versión acerca de la capacidad previsor de la Europa democrática respecto del destino final del comunismo resulta bastante complaciente para sus líderes y, en especial, para Mitterrand constreñiendo esta visión con la que aparece, por ejemplo, en las memorias de Margaret Thatcher. El rumbo a seguir es, en cambio, mucho menos claro aunque Attali se muestra mucho más partidario de lo que denomina como "terapia progresiva" que de la "terapia de choque"... Pero donde Attali resulta más grato al lector es con metáforas brillantes (como la de Europa del Este como frontera donde construir naciones) o con síntesis audaces (las cuatro fórmulas que presenta para el Viejo Continente del futuro). Quizá todo resulta excesiva pirotecnia en este libro, incluso el título, pero, al menos, hace pensar.